

Pero volvamos a Sor Juana. Entrar en su obra significa comprender la prohibición que ella afronta, el círculo maléfico formado por aquellos "lectores terribles" cuya presencia determina la zona de lo no decible: "En el siglo XX, por una suerte de regresión histórica, abundan también los ejemplos de escritores e ideólogos transformados en acusadores de sí mismos. Esa semejanza entre los años finales de Sor Juana y estos casos contemporáneos me hicieron escoger como subtítulo de mi libro el de la sección última: *Las trampas de la fe*." Viene a la mente aquel tipo de pensamiento alusivo que Leo Strauss abordó en *La persecución y el arte de escribir*, y que Arnaldo Momigliano invitó a examinar a través de algo parecido a una "hermenéutica de la reticencia": ambos estudiosos quieren señalar la manera más adecuada de desarrollar una interpretación de los silencios, los vacíos, las ausencias.

Desde la filosofía hebrea e islámica del medioevo hasta Bruno o Spinoza, ¿de qué manera aferrar ciertos textos redactados por gente perseguida obligada a esconder su propio intento por escapar a las mallas de la censura? El acercamiento, sin embargo, requiere una precisión. De hecho, incluso si la renuncia a la literatura ha convertido a esta autora en mártir intelectual, su poesía no debe ser reducida a ese gesto final. En el umbral de esta biografía, en la cual "un mexicano del siglo XX lee la obra de una monja novohispana del siglo XVII", algunas líneas previenen ante cualquier malentendido: "El enigma de Sor Juana Inés de la Cruz es muchos enigmas: los de la vida y los de la obra. Es claro que hay una relación entre la vida y la obra de un escritor pero esa relación nunca es simple. La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica a la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendedura. Hay algo que está en la obra y que no está en la vida del autor; ese algo es lo que se llama creación o invención artística y literaria. El poeta, el escritor, es el olmo que sí da peras."

Una vez más, Octavio Paz se sale de los trayectos habituales de la poesía para interrogarse sobre el sentido mismo de la palabra humana y sobre su frágil libertad, ayer asediada por los totalitarismos y hoy por la normalización de los *mass media*. Por eso, en el ensayo titulado *La otra voz*, llega a sostener que ahora la poesía constituye ya el único antídoto contra la técnica y el mercado. En ella, a diferencia de la lógica consumista, se expresaría un modelo de supervivencia basado en la fraternidad de las formas y de todas las criaturas del universo: "A eso se reduce su función. ¿Nada más? Nada menos."